

# El Futuro de la Concertación de Partidos por la Democracia\*

La inquietud primordial que está en la base de las reflexiones que quiero presentarles hoy es una preocupación por la consolidación de la estabilidad y la gobernabilidad en nuestro país en las décadas venideras, a partir del fin de este siglo.

Si bien tanto la estabilidad como la gobernabilidad adquieren su significado más profundo por relación a otras metas nacionales, más sustantivas, mi convicción es que se trata de dimensiones cruciales para el éxito del esfuerzo en que, como país, estamos empeñados.

Como lo ha señalado el Presidente Frei en diversas oportunidades, tenemos como país una oportunidad histórica de avanzar y progresar en una trayectoria sostenida que nos transforme en una sociedad crecientemente más próspera, más equitativa y más dinámica en todos los ámbitos de la vida.

Es mi convicción que una sociedad con esas características

---

\* Conferencia dictada en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de Chile, viernes 21 de junio de 1996.

constituye el marco necesario para una vida en común en donde las personas tengan oportunidades de desarrollo personal, incluyendo su perfeccionamiento espiritual, como nunca antes las hemos conocido en Chile.

En efecto, una constelación de factores, tanto mundiales como domésticos, se han comenzado a sumar y potenciarse recíprocamente favoreciendo la superación de los obstáculos que en el pasado nos sumieron en el estancamiento, o llevaron a abortar iniciativas orientadas a quebrar ciclos perversos característicos de nuestro subdesarrollo histórico.

Por otra parte, creo que estaremos de acuerdo que el estancamiento o decadencia colectivos afectan muy gravemente la calidad de vida a la que es posible aspirar, no sólo en el significado material de la expresión, sino también y muy especialmente en su sentido ético, ideal y trascendente.

Es por ello que el objetivo de convertirnos en un país crecientemente más desarrollado trasciende esa connotación puramente material que con frecuencia se le otorga. El proyecto y la aventura nacional a la que hemos sido convocados posee un claro sentido de trascendencia espiritual.

No obstante, tanto lo que hemos conquistado hasta ahora como lo que seamos capaces de conquistar en las décadas venideras no ha sido ni será el producto automático o mecánico de la operación de unas fuerzas ciegas e impersonales, respecto de las cuales sea irrelevante cómo nos organizamos políticamente, qué tipo de políticas identificamos e implementamos, y qué clase y calidad de conducción seamos capaces de imprimir al conjunto de la nación.

Las oportunidades que se nos abren debemos explotarlas inteligentemente, con la mayor responsabilidad y el mayor talento posibles.

La política, entendida como conducción creativa y con sentido de Estado del conjunto de los asuntos que atañen al destino de la comunidad nacional, es quizás más vigente y crucial hoy que en el pasado.

Probablemente, una de nuestras deficiencias ha sido no saber transmitir adecuadamente a las generaciones más jóvenes esta verdad.

Ellos perciben que el progreso descansa en el esfuerzo personal, pero no establecen la conexión que necesariamente existe entre el éxito o fracaso de esos esfuerzos y las condiciones y el marco global en que ellos se desenvuelven. La misión de la política es precisamente ocuparse de esas condiciones y ese marco global.

Tampoco ven los jóvenes la relación que existe entre el esfuerzo propio y el esfuerzo de los demás. Una nación es una comunidad de destino: el éxito es necesariamente de todos. Como la historia lo demuestra hasta el cansancio, no es posible salvarse sólo. Ningún individuo es una isla y su destino personal es solidario con el destino de los demás. Lo propio de la política es ocuparse de esa solidaridad necesaria entre los diversos destinos personales que se aglutinan en el seno de la comunidad nacional.

Esa misión esencial de la política, consistente en plasmar, consolidar y conducir la solidaridad y sentido colectivo que aglutine los esfuerzos personales en una auténtica comunidad de destino, es la que se traduce en los objetivos más concretos de gobernabilidad y estabilidad.

En ausencia de conducción nacional, en presencia de incertidumbres básicas, cuando no hay reglas del juego claras y permanentes, cuando la tolerancia y la voluntad de entendimiento, diálogo y negociación ceden el paso a la confrontación y a la polarización, cuando la firmeza en la sustentación y continuidad de las políticas es sustituida por el erratismo y el cambio caprichoso, en-

tonces el progreso no es viable.

Pero, y vuelvo a repetirlo, la estabilidad y la gobernabilidad no son dones gratuitos. Exigen el despliegue de un esfuerzo político, sistemático y permanente, que las afiance.

Por otra parte, que ese esfuerzo político efectivamente se lleve a cabo, depende de la existencia de ciertas condiciones, que también son obra conciente y deliberada de la acción política.

Se ha puesto de moda hablar mal de la ingeniería política. Ciertamente, es una herramienta, y no un fin en sí misma. El error consistiría en darle esa categoría de actividad autosuficiente. No obstante, se incurriría en una equivocación igualmente grave, si se piensa que se puede prescindir impunemente de ella.

Mi inquietud radica en que, a partir de un diagnóstico que creo válido, y que quiero someter a la consideración de ustedes, creo que enfrentamos en el futuro próximo condiciones políticas negativas, o al menos no favorables, en términos de la meta de dar continuidad a nuestro esfuerzo en pos de la consolidación de los niveles de gobernabilidad y estabilidad que el país necesita.

Creo que si no somos capaces de alterar esas condiciones, podemos estar poniendo en peligro el aprovechamiento exitoso de la gran oportunidad histórica que los tiempos nos brindan.

Es una inquietud y no una angustia, porque estoy convencido que está en nuestro poder el alterar esas condiciones en un sentido favorable y que aún disponemos de tiempo para hacerlo. Pero la tarea es urgente y si no la acometemos ahora, con todo el vigor, motivación y seriedad que ella requiere, de la inquietud transitaríamos a la angustia, y después al dolor frente a un descalabro histórico consumado.

A mi juicio, la posibilidad de otorgar continuidad a los niveles

muy satisfactorios de gobernabilidad y estabilidad de que hemos gozado y estamos gozando descansa en cuatro factores. Uno de ellos es un resultado histórico, que se expresa en el tipo de fuerza política que comenzó a gobernar en 1990.

Los hechos prueban que la Concertación logró constituirse en una coalición de gobierno que, pese a circunstancias adversas, ha alcanzado una acumulación de poder adecuada para imprimir estabilidad y gobernabilidad al conjunto de la vida nacional. Su fundamento central ha estado en la reunión de sensibilidades comunes en el plano de las ideas fuerza y las visiones de país, contribuyendo a los objetivos de la estabilidad y la gobernabilidad.

El poder es un instrumento y las consecuencias que derivan de su ejercicio están estrictamente determinadas por los proyectos que dan sustancia a ese ejercicio.

Hacia fines de la década pasada, no cualquier coalición habría sido adecuada para conquistar estabilidad y gobernabilidad. Ello dependía, además de la cuota de poder que pudiera reunir, de los contenidos de sus proyectos, de las visiones e ideas fuerza que impulsara. En rigor, esa misma cuota de poder a la que podía aspirar dependía de la sustancia de las aspiraciones. No cualquier coalición era viable, y no cualquier coalición tenía la capacidad de generar la gobernabilidad y estabilidad que hemos alcanzado.

Ello no impide que la filosofía dominante de la Concertación se haya traducido en un cambio político-cultural que, de potenciarse, pueda ser -en el futuro- susceptible de enriquecimientos y aportes que no estaban en su concepción original.

Pero la consolidación y continuidad de la estabilidad y la gobernabilidad suponen además una articulación o funcionamiento en armonía de otros tres factores.

Dos de ellos son de naturaleza institucional. Me refiero al

sistema de gobierno o régimen político, y al sistema electoral. El tercero, que es de naturaleza más sociológica o cultural, es el sistema de partidos.

A mi juicio, este trípode que conforma el sistema político, en la medida en que todos los componentes se relacionan entre sí y funcionan con la debida armonía, constituyen la base de un proceso político capaz de generar continuamente estabilidad y gobernabilidad.

Mi diagnóstico es que, en la situación que hoy vivimos, las características de estos tres componentes son tales que no hay garantía, en el mediano plazo, de un funcionamiento adecuado, que sostenga un proceso político como el que hemos vivido y estamos viviendo. Dicho de otra manera, hay señales de que estos componentes favorecen una cierta dispersión y atentan en contra de las bases de confianza que permiten construir la estabilidad del sistema político chileno.

Comencemos por analizar los efectos del sistema electoral binominal más allá de sus rasgos principales que son bien conocidos de todos.

Me interesa destacar aquí dos de sus efectos, que potencialmente entran en conflicto con el sistema de partidos tal como existe, y con la estabilidad y buen ordenamiento del proceso político en su conjunto.

Por una parte, en ausencia de coaliciones electorales y la apelación necesaria a expedientes como los pactos por omisión, es un sistema que excluye de la representación parlamentaria, o la reduce a rangos de marginalidad, a fuerzas política dentro del sistema de partidos que no son en absoluto marginales.

Es cierto que la operación del sistema ha obligado a esos expedientes y en ese sentido ha constituido un incentivo a la formación de bloques.

Pero no es posible pasar por alto los diversos efectos muy negativos que estas prácticas han tenido en la vida política al interior de los partidos, consecuencias que se proyectan tanto a la relación entre ellos como en la vida política nacional en general, incluyendo el quehacer gubernamental.

Esas prácticas, sumadas a los larguísimos procesos de los que son la culminación, generan altas cuotas de resentimiento tanto en los partidos de mayor tamaño electoral, que perciben que se ven forzados a renunciar a pretensiones legítimas, como también en los partidos de tamaño electoral relativamente menor, en los que se difunde la percepción de que se están resignando a una situación de clientes de los partidos mayores, perdiendo dignidad y oportunidades para un mejor desarrollo propio.

Todo ello genera climas emocionales negativos que socavan la afición que debe existir entre auténticos aliados, que buscan impulsar un proyecto que les es común. La erosión de esa afición acumula efectos diversos, que desgastan la convivencia y el quehacer conjuntos.

Por otra parte, y esto es lo paradójico de un sistema que pretendía fomentar el bipartidismo, el sistema exagera la competición entre los aliados, al interior de los bloques. Como lo he dicho en más de una oportunidad, bajo el sistema binominal el peor enemigo es el que debiere ser el amigo, es decir, el compañero de lista.

Asimismo, el sistema electoral alienta implícitamente el fortalecimiento de los tres tercios, puesto que la disputa básica será acceder al núcleo duro del 34%, porque ello garantiza una posición política sólida y debilita duramente al que no puede lograrlo. Ese es el efecto práctico de la tentación corporativa de ser el "segundo tercio". O sea, tener una sobrerrepresentación parlamentaria con el menor esfuerzo electoral posible.

Ahora bien, hay que entender que la política no es sólo cálculo

frío, desnudo y crudo de poder. Todo lo contrario, sobre todo si busca ser **gran política**. Es necesariamente comunidad de intereses, de ideas, de proyectos, y por tanto tiene que basarse en afectos positivos, en buenas relaciones humanas, en la confianza.

Es posible tener comunidad nacional y fuerzas políticas capaces de gobernar sin **amistad cívica** difundida y extendida.

La democracia es competición por votos, pero ello no significa que tengamos que vernos forzados, o aún a aspirar, a convertirla en una suerte de mundo mafioso donde la única moneda de cambio es el poder y la regla de oro del comportamiento es la desconfianza, particularmente de los que están más cercanos a nosotros.

La dificultad radica en que, como lo demuestra la experiencia de estos años, los esfuerzos por modificar el sistema binominal son poco viables.

Un sistema que ya ha operado por segunda vez crea intereses, particularmente entre quienes son los agentes de un posible cambio. No es un reproche. Es simplemente una constatación realista. Más importante todavía, hay sectores para los cuales el sistema conserva todavía un prestigio ideológico, que no están por consiguiente dispuestos a su reforma, y que conservan aún poder suficiente para lograr este propósito.

Es en razón de esa dificultad para reformar el sistema electoral que se han alzado voces indicando la necesidad de modificar el segundo componente del trípode al que he aludido: el régimen o sistema de gobierno.

Así, se ha propuesto abandonar la naturaleza presidencial de nuestro sistema de gobierno, para ir un régimen semipresidencial, cuyas características cancelarían, en teoría, los efectos negativos graves que encierra el sistema electoral.



Sin ahondar en esta materia, es mi convicción que la viabilidad de ese proyecto es menor todavía que la de los de reforma del sistema electoral.

Un buen indicador de ello es que las discusiones sobre semipresidencialismo se han mantenido circunscritas a un ámbito exclusivamente académico, sin haber encontrado eco en las diligencias políticas, ni menos en la ciudadanía.

Por consiguiente, mi posición es que, para responder a los riesgos que la situación plantea a la consolidación de los niveles de gobernabilidad y estabilidad que el país requiere, la variable sobre la cual hay que actuar es el tercer componente del trípode: el sistema de partidos.

Es un sistema que en lo esencial se constituyó hace unos cuarenta o cincuenta años atrás, caracterizado hoy, en general, por la presencia de tres bloques principales y grupos no enteramente marginales que quedan fuera del sistema.

Estos bloques los integran partidos que preservan grados más que significativos de autonomía, y que por consiguiente, aún cuando integren alianzas o coaliciones por ahora relativamente estables, son competitivos entre sí.

Otro hecho importante es que ninguno de los partidos existentes posee un potencial electoral que le permita tener la expectativa de empinarse más allá de un treinta por ciento del electorado. En el óptimo, parecería ser la cifra a la que pudiera aspirar, bajo condiciones muy excepcionales, la Democracia Cristiana.

Como dije, el sistema de partidos es mucho más una realidad sociológica y cultural que institucional.

Se podría entonces argumentar de partida que mi proposición es simplemente ilusoria, porque como todos saben no hay nada más difícil de modificar que lo socio-cultural.

Mi respuesta es que veo en nuestro sistema de partidos evoluciones, cambios y procesos en marcha que hacen concluir que es posible pensar en que transite al menos hacia una modalidad de operación diferente de la que tiene hoy.

Me circunscribo a los partidos que componen la Concertación, que es donde recae mi interés.

Estos partidos han demostrado, ya desde los años de transición previos a 1989, una comunidad de fines y valores que, como lo prueba la experiencia de gobierno en conjunto por más de seis años, trasciende con creces los intereses que se compartían en cuanto a restablecer la democracia en nuestro país.

Creo que nuestros partidos, en cuanto protagonistas de estas experiencias de gobierno, **"han hecho camino al andar"**. A mi juicio, la cooperación y el quehacer común propio de estas experiencias son cruciales para su éxito, nos ha permitido ir progresivamente dándonos cuenta de que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa, que al final de cuentas poseemos un proyecto en común que ofrecer al país, y que es el que hemos estado llevando a cabo los últimos 7 años.

En una entrevista periodística que concedí recientemente, en la que abordé el tema sobre el que estoy reflexionando, caractericé ese proyecto en común mediante la referencia a la existencia en todos los partidos de gobierno de sectores mayoritarios comprometidos con un proyecto de modernización nacional.

Creo que ello es así. Desgraciadamente, el espacio periodístico impide ahondar los puntos que uno trata, porque ciertamente la referencia escueta al concepto de modernización puede inducir a equívocos.

Por cierto, que los partidos chilenos y, sobre todo, los de la Concertación no se funden en un proyecto específico por más impor-

tante que éste sea. Los partidos arrastran historia y son historia. Sus luchas han forjado una identidad y un espíritu de cuerpo que los acompaña y los orienta. Es más, esa identidad usualmente será el motor de su propia fortaleza y es el que impide todo empobrecimiento y burocratización de la política. Los valores y los objetivos que trasuntan las síntesis partidarias están en la base de su capacidad de competencia, de liderazgo ético y político, de consecuencia histórica y de eficacia práctica. Yo provengo de una de esas tradiciones y me es imposible desprenderme de ella.

Ahora bien, el proyecto que la Concertación ha ofrecido al país y que la ciudadanía mayoritariamente ha apoyado tiene un componente, también, más que vigoroso de modernización, pero es un componente que adquiere su pleno significado en términos de su íntima fusión con las metas de creciente equidad, de libertad, de una mejor distribución de las oportunidades de desarrollo personal en un amplio contexto humanista.

Creo que la idea que mejor lo resume, subrayando que es un proyecto que se ha ido enriqueciendo con el trascurso del tiempo y a partir de la misma experiencia de gobierno, es la de aprovechamiento de la oportunidad histórica que se brinda a Chile. Es decir, la visión de un país más equitativo, más justo, más libre, más próspero, más dinámico, internacionalmente más protagónico y respetado, un país del cual todos sus hijos se enorgullezcan.

Este fenómeno que he descrito, que yo caracterizaría como una **convergencia significativa entre los partidos de la Concertación**, no es puramente intelectual o cognitivo. Durante casi una década, estos partidos han ido superando los efectos de crisis profundas del pasado, con toda la secuela de desencuentros, enemistades, recriminaciones y celos propios de esas crisis.

Al ir superando estos traumas, hemos reestablecido viejas confianzas y creado nuevas confianzas, al enfrentamiento y enemistad ha sucedido la amistad, las pasiones y emociones negativas han sido sustituidas por el afecto.

Por consiguiente, lo que la sociedad chilena ve es más que una alianza o coalición. Es también más que un proyecto común, que le parece deseable y la convoca. Es también un grupo humano, coherente y solidario entre sí. Ello es importante, porque la gente no vota sólo por ideas o proyectos. Igualmente importante que la partitura es la orquesta llamada a ejecutarla, y la Concertación se ha convertido en una orquesta bastante afiatada.

De esta manera, los partidos de gobierno han generado algo que trasciende las identidades partidarias, y ese producto que los trasciende encuentra una expresión en el electorado. En efecto, los análisis de resultados electorales y los estudios de opinión demuestran que existe un electorado que no se identifica con tal o cual partido de la Concertación, sino simplemente con la idea misma de Concertación, y que coexiste con electorados con una identificación partidista específica.

En parte, aunque no únicamente, lo que sostengo es que sería irracional e irresponsable renunciar a ese capital que es de todos y que los trasciende, teniendo siempre claro, que este sector tiene una adhesión sostenida en las diversas identidades de los partidos concertacionistas.

Obviamente, este proceso de convergencia significativa no ha cancelado las identidades propias de cada partido. No obstante, creo también que en este terreno se ha estado produciendo una evolución positiva.

Los pueblos y las personas -así como los partidos- para progresar deben apropiarse de lo pasado, entroncando su tradición con las innovaciones, de manera que les permitan vivir la época que sigue y no la que pasó.

En un seminario reciente organizado por el ICHEH, Mario Fernández afirmaba sobre la presencia en política del humanismo cristiano, que es el núcleo duro ético de la identidad de la Democracia Cristiana, lo siguiente (cito textualmente):

"Desde la perspectiva política, nuestra hipótesis sobre la presencia del humanismo cristiano no se sitúa en el plano de las instituciones, del gobierno ni de los partidos, sino en el de las conductas. En verdad, creo que allí radica lo esencial de la política de hoy. Son las conductas las que pueden dignificar la actividad política, movilizar voluntades y producir grandes obras colectivas en los pueblos".

Así entendidas, las identidades partidarias no deberían ser obstáculos para la búsqueda de fórmulas o mecanismos que permitan encauzar mejor y más eficientemente nuestro esfuerzo por dar continuidad a una obra histórica de estabilidad, gobernabilidad y desarrollo para Chile.

Quiero subrayar que mis reflexiones no están insufladas por un espíritu mesiánico, alentado por visiones de refundaciones dramáticas o mágicas, que acaecerían de un día para otro.

Mi conclusión es en definitiva bastante simple y nada de dramática. Sostengo que debemos preocuparnos, con visión de futuro y de manera privilegiada, por la continuidad de los niveles de estabilidad y gobernabilidad de que gozamos hoy, porque ellos son condiciones necesarias para el éxito en el aprovechamiento de la oportunidad histórica que hoy tenemos como país.

Por otra parte, hay datos de la realidad institucional que son difíciles de modificar, y que son disfuncionales a la mantención de la Concertación como una fuerza política de gobierno dotada de coherencia y eficacia.

Además, creo que la experiencia concertacionista ha generado una comunidad de ideas y sentimientos y una convocatoria nacional que trascienden a los partidos que la componen.

Por consiguiente, creo que nos enfrentamos a un cuadro complejo de problemas, con soluciones que no me corresponde identificar, pero también con la claridad de que es imposible eludirlos. En tal sentido, me parece muy sano este regreso al debate político de altura.